

si son perversos como lo eran entonces, ignorantes y embusteros, ¿qué se adelantará con la evocación? Tanto valdrá consultar á un espíritu como á cualquier pután ignorante y embustero. Que esto es así lo están probando todos los espiritistas, que no saben más de lo que ántes sabían.

El verdadero ó supuesto Allan-Kardee nos habla de Jesucristo con gran respeto; dice que su moral es la ley de Dios; de donde debemos inferir que si el espiritista no reconoce á Nuestro Señor Jesucristo por Dios, lo reconoce por lo ménos como un hombre inspirado de Dios; pues de otra manera no habría podido conocer y promulgar la ley que Dios destinaba á la humanidad, que ninguno otro conoció ni promulgó. Pero Jesucristo ha enseñado que los hombres que mueren reciben el premio ó el castigo de sus hechos, que esos premios y esos castigos son eternos; lo que es incompatible con la metempsicosis y con la doctrina del espiritismo que niega la eternidad de las penas. Jesucristo enseña que hay demonios y que éstos se ponen en comunicacion con los hombres para tentarlos y engañarlos; pero el autor del folleto pretendo que no hay demonios.

Tenemos, pues, que el espiritista está en contradicción consigo mismo. Si los espíritus evocados dicen la verdad, ¿cómo pudo ser el inspirado de Dios. Si lo es, ha debido decir la verdad, y mientras entonces los espíritus evocados.

No sabemos que ningún médium haya evocado el alma de una persona viva; y es de desearse que su poder no alcance á tanto. Si en este momento en que escribimos este artículo se le ocurriera á un espiritista evocar nuestra alma; y ésta tuviera que dejar el cuerpo, como en estado de catalepsia con la pluma en la mano, y comparecer en algún salón de Chicago ó de Berlín á responder á un interrogatorio, sería un buen chasco para el ejijista que está aguardando el artículo. Esto no sería cosa muy grave; pero ya se comprende por las que tendrían que pasar las almas de los altos personajes que llaman la atención del mundo. Pio IX, Alejandro II de Rusia, Bismarck, etc. no tendrían tiempo ni aun para pensar en el desayuno de su pobre cuerpo, y mucho ménos para ocuparse de los negocios de su cargo; pues tendrían que andar de salón en salón y de taberna en taberna, dando razon de todo lo que saben y de

todo lo que piensan á cada uno de los innumerables evocadores curiosos del mundo.

Aunque no parece que haya razones muy graves para que puedan ser evocadas las almas de los muertos y no las de los vivos, daremos por supuesto que sólo pueden serlo las almas desocupadas, que están aguardando la organizacion y desarrollo de un feto humano para meterse en él; y procedemos á exponer las siguientes consideraciones.

Es un hecho reconocido que la tierra está hoy más poblada que en cualquiera otra época; admitida la metempsicosis espiritista debe haber, pues, un gran reclamo de almas para animar los nuevos cuerpos; y en consecuencia las que figuraron encarnadas veinte ó treinta siglos atrás, apenas bastarán para satisfacer esta demanda. En las evocaciones figuran de preferencia las almas de los hombres célebres de la antigüedad que son más generalmente conocidos, como Pitágoras, Sócrates, Platon, Alejandro, César. Estas almas deben estar actualmente encarnadas, á virtud de aquella demanda, ya sea en una negra del Congo, ya en un lama de Tartaria, ya en un indio de la Goajira. El alma que veinticinco siglos atrás era Pitágoras, estando hoy encarnada, no podría comparecer al conjuro de un evocador; y eso mismo debería suceder con todas ó la mayor parte de las almas de esas antiguas celebridades; y por tanto debería resultar que las evocaciones dirigidas á ellas fuesen estériles. Pero no es así. Según las relaciones de los libros, folletos, periódicos y conversaciones espiritistas, no hay alma de notabilidad muerta, antigua ó moderna, que no comparezca luego al conjuro de un hábil médium. No parece sino que las almas de los difuntos están más listas á obedecer al llamamiento de un evocador que los testigos vendidos al llamamiento del Juez.

Sucedrá, pues, con frecuencia en la transmigracion espiritista que el alma de Pitágoras, por ejemplo, al mismo tiempo, en el mismo instante, en que está recitando un himno en una lamasería de Tartaria por la boca de un lama, desollará, do un novillo en una carnicería de Boston con las manos de un yanqui, estará también respondiendo, en veinte ó cien lugares distintos de la tierra, otras tantas evocaciones: esto es evidentemente absurdo.

La suposicion, pues, de que los espiri-

tuos evocados son las almas trasmigrantes de los muertos, es notoriamente disparatada ó inaceptable. En consecuencia, es necesario que los espiritistas se resignen á aceptar lo que se les tiene dicho, á saber: que los espíritus que concurren á sus evocaciones son espíritus malos que vagan en la tierra, según la creencia cristiana, ó más bien la creencia universal.

El autor del folleto en cuestion repugna fuertemente la aceptación del Diablo; porque, según dice, éste es un personaje ridículo. Pero aquel autor y los que piensan con él deberían considerar que si el Diablo es ridículo ante la opinion de los materialistas, el espiritismo ante los mismos es más ridículo que el Diablo; y que por tanto no es aquel un buen motivo de recusacion.

El autor habla del Diablo, como que fuera un personaje único, en lo que no anda acertado porque los diablos se cuentan por legiones; lo que facilita grandemente las evocaciones. Pero no hay necesidad de muchos, bastará uno para cada evocador, el cual, como un actor de teatro, hará sucesivamente los papeles de Sócrates, Carlos V, Napoleon y de cualquier muchacho ó vieja difunta con quien se quiera conversar.

Nos parece singular la coincidencia siguiente: el espiritismo ó la teurgia se desarrolló con gran fuerza entre los filósofos en los primeros siglos de la Iglesia, y contribuyó á abatir la doctrina materialista, que había corrompido á griegos y romanos, matado el patriotismo y el espíritu de libertad, engendrado el egoísmo más desapiadado y feroz, y dominado el mundo. En la época presente, en que la misma doctrina materialista está produciendo en Europa y en América los mismos efectos, aparece el espiritismo otra vez; y empeña como entonces la lucha con el materialismo. ¿Será que los espíritus malos son compelidos á veces á dar testimonio del orden sobrenatural, para confundir el orgullo de los que se poniéndose sabios niegan la existencia de todo lo que no sea materia?

CITAS DE LAS OBRAS DE BENTHAM.

LAS SIRENAS, pág. 69: "Buscar su propia felicidad; esto es, buscar el placer y huir del dolor, es el precepto á que están reducidas todas las reglas de

esta moral, y de la conducta del hombre en los casos sobre que las leyes guardan silencio: hará el hombre todo lo que le sea ó lo parezca útil, y la utilidad será el gran principio, el principio universal, en lo que se llama moral como en legislación."

Como esta regla presentada así, en toda su crudeza, suscita naturalmente tan graves dificultades, el Comentarior se explica en los términos siguientes:

"Si esto es así, dirán muchos, como cada individuo es juez de su propia utilidad, ¿si para ser feliz pensaba un hombre que su amigo y bienhechor lo era un estorbo, podría asesinarlo, podría violar sus promesas, podría robar... ¿podría todo? Sí: (responde el Comentarior) podría hacer todo lo que creyera deberle conducir á la felicidad, á excepcion solamente de lo que se hallara prohibido y castigado por las leyes positivas. Horrible doctrina! exclamará alguno lleno de indignacion. Horrible cuanto se quiera, diré yo fria y tranquilamente; pero cuando se está seguro de la verdad del principio, no se puede dejar de conveuir en las consecuencias necesarias de él, si se procede de buena fe." (17)

* Suprimimos algo, por respeto al pudor de los lectores.

TENTO DE BENTHAM, Tratados de legislación, tomo 1, pág. 105 y 106: Pero si no hay una moral anterior á la legislación, independiente y distinta de esta; si no hay una moral que ordene y prohíba muchos actos que el legislador no puede ordenar ni prohibir sin causar más mal que bien, ¿por qué reglas (se nos preguntará tal vez) se conducirá el hombre en aquellos casos para los cuales nada han dispuesto las leyes, y en que sin embargo no es indiferente, con respecto á los efectos de la accion, el obrar de un modo ó de otro? ¿Por qué reglas! por una sencillísima, á que estaría reducida toda la moral natural, si sin abusar de las voces pudiera llamarse moral á una inclinacion que la naturaleza ha dado á todos los seres sensibles: buscar su propia felicidad, esto es, buscar el placer, y huir del dolor, es el precepto á que están reducidas todas las reglas de esta moral y de la conducta del hombre en los casos sobre que las leyes guardan el silencio: hará

el hombre es lo que lo sea ó le parezca útil, y la utilidad será el gran principio, el principio universal, en lo que se llama moral como en legislación.

Si esto es así, dirán muchos, como cada individuo es juez de su propia utilidad; si para ser feliz pensaba un hombre que su amigo y bienhechor lo era un estorbo, podría asesinarle, podría violar sus promesas, podría robar, podría forzar á doncellas y casadas, podría todo. Si: podría hacer todo lo que creyera deberlo conducir á la felicidad, á excepcion solamente de lo que se hallara prohibido y castigado por las leyes positivas. ¡Horrible doctrina! exclamará alguno lleno de indignacion: horrible cuanto se quiera. diré yo fria y tranquilamente; pero cuando se está seguro de la verdad del principio, no se puede dejar de convénir en las consecuencias necesarias de él, si se procede de buena fe. Yo seré consiguiente, pero ruego á mis lectores suspendan su escándalo; mientras lea, hasta el fin de este comentario; y si no tengo la fortuna de convencerles, luego podrán escandalizarse á su gusto y en toda libertad.

LAS SIRENAS, pág. 69: Al tratarse de moral parece que debería ocurrir hablar de las relaciones del hombre con Dios; pero no lo temais: Bentham casi no lo mienta, ó lo hace bajo el dictado de el Dios del cristianismo. (18) Lo propio sucede con el alma. Bentham, segun el Comentador, "abandona las disputas interminables sobre la esencia de las sustancias que componen, según dice, al hombre, á los que son tan modestos que creen entender bien lo inteligible." (19)

TEXTO DE BENTHAM, tom. I, pág. 56: Lo cierto es que hay en el hombre una facultad á que se ha dado el nombre de alma, como se la pudo dar otro, y que esta facultad goza y padece; y esto basta para lo que Bentham se propone: contempla al hombre tal cual es, tal cual le vemos y conocemos, y abandona las disputas interminables sobre la esencia de las sustancias que componen, segun dicen, al hombre, á los que son tan modestos que creen entender bien lo inteligible. A pesar de este silencio prudente ciertas gentes no dejarán de clamar, contra él, acusándole de materialismo; pero los que buscan la verdad y razonan, deben cerrar los oídos á los que no saben más que disputar, gritar y perseguir á los razonadores.

LAS SIRENAS, pág. 70: Bentham habla algunas veces de deber, obligacion, derecho... pero veamos lo que él piensa sobre los eternos dogmas del mundo moral:

"Ley natural, derecho natural, con dos especies de ficciones ó de metáforas." (21)

TEXTO DE BENTHAM, tom. I, pág. 292: 10.º Ley imaginaria no es razon.

Ley natural, derecho natural, son dos especies de ficciones ó de metáforas, pero que hacen un papel tan grande en los libros de legislación, que merecen un exámen aparte.

LAS SIRENAS, pág. 70: "Lo que hay natural en el hombre son sentimientos de pena ó de placer." (22)

TEXTO DE BENTHAM, tom. I, pág. 293:

Lo que hay natural en el hombre son sentimientos de pena ó de placer é inclinaciones; pero llamar leyes á estos sentimientos y á estas inclinaciones, es introducir una idea falsa y peligrosa, es poner á la lengua en contradiccion con ella misma, porque precisamente, para reprimir estas inclinaciones es para lo que es necesario hacer leyes; y en vez de mirar como leyes estas inclinaciones, deben ser sometidas á las leyes, que tanto más represivas deberán ser, cuanto más fuertes sean las inclinaciones naturales. Si hubiera una ley de la naturaleza que dirigiera á todos los hombres á su bien comun, serian inútiles las leyes: hacerlas, seria lo mismo que servirse de una caña para sostener una encaña, seria como encender una vela para aumentar la luz del sol.

LAS SIRENAS, pág. 70: "El derecho natural es la criatura de la ley natural." (23)

TEXTO DE BENTHAM, tom. I, pág. 296: El derecho natural es la criatura de la ley natural, es una metáfora producida por otra metáfora.

LAS SIRENAS, pág. 70: La ley natural es una quimera. (24)

TEXTO DE BENTHAM, tom. I, pág. 82. (Comentario). Por lo demás, yo creo, como mi autor que la ley natural es una quimera, á lo menos si la palabra ley se toma en su sentido ordinario.

LAS SIRENAS, pág. 70: "La revelacion

no es un sistema de moral: todos sus preceptos necesitan ser explicados, modificados y limitados unos por otros; y tomados en un sentido natural trastornarian el mundo, aniquilarian la defensa de sí mismo, la industria, el comercio, las afecciones reciprocas. (25)

TEXTO DE BENTHAM, tom. I, pág. 100: No responderé indirectamente que la revelacion no es universal: que en los mismos pueblos cristianos hay muchos individuos que no la admiten, y que ciertamente es necesario un principio comun de razonamiento entre todos los hombres: pero diré que la revelacion no es un sistema de política ni de moral: que todos sus preceptos necesitan ser explicados, modificados, y limitados los unos por los otros: que tomados en el sentido literal trastornarian el mundo, aniquilarian la defensa de sí mismo, la industria, el comercio, las afecciones reciprocas, y que la historia eclesiastica es una prueba incontestable de los males horribles que han resultado de algunas máximas religiosas mal entendidas.

(Continúa.)

SOLILUQUIO.

(Conclusion.)

CULTO DE LOS SANTOS. La Iglesia Católica rinde á los santos doble culto, absoluto y relativo, ó lo que es lo mismo, á sus almas que están en el cielo, y á las reliquias de sus cuerpos, y á sus imágenes: que los representan en la tierra; siendo ambos de di-
lia, es decir, como á siervos del Señor. Ambos cultos son atacados por algunos, diciendo que el primero es una imitacion de la apoteosis de los paganos, y el segundo, una idolatria peor que la primera, porque es la idolatria de la materia, toma la tambien de los gentiles. Qué diremos de esto? Que los que nos tachan de idolatras son como los ídolos de palo y barro de los gentiles, que tienen oídos y no oyen; pues por más que se les explica la manera como rendimos ese culto gritan siempre: Paganismo! idolatria! y qué debemos hacer? A estos señores del dos y dos son cinco, no puede vencerlos más cuatro que el de las postri-
merias de que habla el catecismo, de las cuales, no obstante, niegan dos, y por lo cual no es dudoso se les niegue una.

Pero volvamos al asunto. Moises, el caudillo del pueblo de Israel, que hizo beber como agua el Becerro de Oro á los que to-

adoraron, hizo por orden de Dios una serpiente de metal, vista en cruz, quedaban sanos cuantos habian sido picados por las serpientes que, para castigarlos, enviara Dios. (Núm. XXI, 6 á 9) ¿Qué diferencia hay entre una y otra cosa? Que el Becerro de Oro fué un verdadero ídolo al cual rindiéron culto de latría como si fueran Dios; mientras que la serpiente era una representacion, una figura, del Divino Vencedor de la Serpiente infernal; una figura de Jesus. Oigamos á San Pablo y á San Juan haciendo esta importante distincion.

Dice San Pablo hablando á los Romanos. "Y trocaron la incorruptible gloria de Dios, en semejanza de imagen corruptible de hombre, y de aves, y de cuadrúpedos y de serpientes."

"Por lo cual Dios los abandonó á los deseos de su corazon, á los vicios de la impureza; en tanto grado, que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos: ellos que habian colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo á las criaturas en lugar de adorar al Criador, que es bendito en los siglos. (I, 23 y 25.)

Dice San Juan: "Y como Moises alzó la serpiente en el Desierto, así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna." (III, 14 y 15.) San Pablo reprueba las serpientes levantadas por los gentiles como ídolos; San Juan aprueba la que levantó Moises como una figura, como un símbolo.

Veneramos, pues, la santa Cruz y las imágenes de los Santos, no como si tuvieran virtud propia, sino como representaciones, la primera, de la pasion y muerte de nuestro adorable Redentor, y las otras de aquellos siervos y amigos de Dios, quienes por sus virtudes aqui en la tierra han merecido que Dios les dé á gozar, además de la bienaventuranza en el cielo, reverencia y honra aqui en la tierra. Nuestra confianza, nuestro amor, no se quedan en la imagen, pasan al Santo sin descansar en él, y van á tener su término y descanso en Jesucristo, en Dios.

Respecto al culto absoluto de los Santos no podemos encontrar nada semejante en el Antiguo Testamento, y esto es un argumento, una nueva prueba de que en él no hay sino verdad. Nadie habia entrado en el cielo antes de que bajara Nuestro Señor Jesucristo á los Infernos. En el seno de Abraham estaban todos los Patriarcas, Profetas y justos de la Antigua Ley esperando al que habia de descender del cielo para